

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante dieciséis años (2003-2019) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Stanford, Yale y Harvard.

El n.º 163 *Deliquios del amor divino. Antología* de la poeta Sor Josefa de Castillo y Guevara, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de María Piedad Quevedo Alvarado, profesora asistente del departamento de Literatura, Pontificia Universidad Javeriana.

Cuidado y selección de
María Piedad Quevedo Alvarado



N.º 163

Sor Josefa de Castillo y Guevara

*Deliquios
del amor divino
Antología*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-

© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Diciembre de 2019

Imagen de carátula
Sor Josefa de Castillo y Guevara, grabado por Rivera

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 16 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CONTENIDO

Copla [12], Letra [13],
Afecto 46. Deliquios del divino amor en el corazón
de la criatura, y en las agonías del huerto [14],
Afecto 195. Villancico al nacimiento
del redentor [18],
Desengaños, exhorto a penitencia,
acto de contrición [19],
Poesía [22], Elogios y súplicas a María Santísima [25],
Del Afecto 63 [36], Del capítulo xv de *Su Vida* [37],
Del capítulo XLIV de *Su Vida* [38], Del Afecto 39 [39],
Del capítulo XII de *Su Vida* [42],
Del capítulo xxv de *Su Vida* [43],
Del capítulo xxxv de *Su Vida* [44],
Afecto 3. En esta vida se ha de padecer [45],
Del Afecto 7 [47], Afecto 14. El cuerpo con sus
sentidos y pasiones se ha de trabajar como el
campo. Aplica la parábola de la mujer fuerte a la
mortificación exterior [48], Del Afecto 15 [52],
Del capítulo xxxii de *Su Vida* [54],
Afecto 4. Afectos a Jesús sacramentado,
deducidos de varios salmos de David [55],
Afecto 6. Imagen alegórica de la mortificación
y afectos al sacramento [58],

Del Afecto 157 [61], Afecto 40. Afectos a la pasión de Cristo, y deseos de participar en ella. Si se estimara la impresión de las llagas, ¿por qué no las angustias? [62], Afecto 41. Avenidas de amor divino, que arrebatan el alma [64], Del Afecto 115 [66], Afecto 122. Delirios y ansias por llegar a Dios, habla interior que ilumina y tranquiliza el espíritu [68], Afecto 19. Coloquio de un alma con nuestro señor, etc. [70], Del capítulo LV de *Su Vida* [74]

HOMENAJE

Francisca Josefa de Castillo y Guevara ocupa un lugar especial en la producción literaria colonial de lo que hoy es Colombia. Profesó como clarisa en el Convento de Santa Clara La Real de Tunja, y es reconocida como escritora al menos desde el siglo XIX, cuando su sobrino nieto da a la imprenta el texto conocido como *Su Vida* (1817) y posteriormente los *Sentimientos espirituales* (1843), más tarde conocidos como *Afectos espirituales*. Su corpus se fue ampliando con el hallazgo del *Cuaderno de Enciso*, un librito de cuentas que su cuñado le regaló y en el que Sor Josefa escribió también algunos poemas de inspiración religiosa y copió algunos otros de Sor Juana Inés de la Cruz, que por un tiempo se creyeron propios de su pluma.

La suya hace parte del corpus de escritura conventual femenina de las colonias, compuesto fundamentalmente por autobiografías, diarios espirituales y relatos de visiones, arrobamientos y demás fenómenos místicos que las monjas debían escribir por orden de sus confesores, cuyo propósito era comprobar la autenticidad de las experiencias vividas y registradas por ellas y su ajuste a la ortodoxia cristiana. Sor Josefa narra intensamente sus padecimientos y enfermedades, resignificándolos como dones de Dios; su vida atormentada por la culpa y las desavenencias con sus compañeras de claustro tiene también muchos momentos luminosos, de ardiente amor y unión espiritual en los que, como ella dice, “huye el aliento”,

y se entrega sin ataduras ni reproches a su Amado. Las recriminaciones pueden volver pronto, pues su camino purgativo no cesa nunca, como puede comprobarse en el coloquio que comienza a cerrar esta selección, pero regresan también las búsquedas y palabras amorosas, los consuelos y los reencuentros dichosos. Su camino perfectivo solo terminará con la muerte, verdadero momento de unión.

Como queda evidenciado ya, la mística es lo que marca el camino de la experiencia religiosa de Sor Josefa, tanto como de su escritura. En cuanto tal, se trata de un discurso amoroso. Pero uno en donde el objeto de amor está ausente, provoca siempre un movimiento, un ir más allá, o más acá, si se piensa que la experiencia mística ocurre en la interioridad, hacia adentro. Es dentro de sí donde el místico debe estar fuera de sí, vaciándose de sí mismo para encontrarse con la divinidad. Esa paradoja es la que vive nuestra monja, sobre ella escribe, la búsqueda de ese amor es la que alienta su vida y su escritura. Es también la que le permite realizarse como escritora, insistir en que se trata solo de obediencia a su confesor sería desconocer las numerosas escenas de *Su Vida* en que la escritura es un medio de su ascenso espiritual, y otras en las que simplemente se le hace necesaria para seguir; o las intencionadas y reiteradas variaciones sobre el *Cantar de los Cantares*, vía Teresa de Jesús, en los *Afectos*; o los poemas en los que usa los registros

de la lírica popular española para alabar a su Amado o a la Virgen María.

Si en el renacimiento y el barroco la vista y el oído fueron los sentidos más importantes en la construcción de referentes para significar el mundo y asentar el orden, hay que decir que en los textos de Sor Josefa no solo se comprueba con facilidad la predominancia de las imágenes y visiones –dada la promoción de las primeras en los territorios hispánicos para transmitir los mensajes religiosos del catolicismo, y el estatuto de las segundas como fenómeno místico que comunica verdades trascendentes–, sino también del recurso al oído, a esa voz de la divinidad y a su sensorio sonoro, en el que cítaras, flautas, clarines, etc., quieren significar la armonía del encuentro y el sosiego y gozo de la unión; también el orden y el apego a la autoridad. Pero en Sor Josefa hay asimismo quejidos, gruñidos y ruidos horribles que constituyen la dimensión sonora del tormento y la culpa –habrá que examinar con más atención si estos ruidos no son también aquello que se resiste a la imposición de la norma colonial. Textos suyos abordarán todos los sentidos corporales, en una inserción plena del cuerpo en la experiencia religiosa, no como rechazo sino en cuanto camino de perfección espiritual.

Las numerosas imágenes de huertos, campos y jardines son una particularidad de su escritura –y de la mística, claro, pero con acentos originales

de nuestra monja-, así como el detalle con el que compone todo un bestiario místico con animales tradicionalmente asociados a Jesús, y otros de su propio contexto neogranadino. Abundancia de aguas y de piedras preciosas vinculan sus textos con tradiciones bíblicas, pero también con una escritura sobre el Nuevo Mundo que alentaba la toma de posesión y el mercantilismo. Que ese deleite paradójico que nos propone Sor Josefa sea una vía para ingresar a su escritura y para repensar el sentido de nuestras propias búsquedas.

* * *

La selección de los textos aquí reunidos ha seguido la edición de las *Obras completas* preparada por Darío Achury Valenzuela (1968), si bien se ha modificado levemente alguna puntuación. El título de esta selección es una variación del título de uno de sus mejores poemas, dicho cambio se ha dispuesto para abarcar no solo su breve producción poética, sino otros de sus escritos, siguiendo siempre el propósito de motivar al lector a conocer el resto de su obra.

M.P.Q.A.

COPLA

Sin penas, no hay merecer
Sin trabajos, no hay gozar.
Vengan dolores y penas,
Que tanta gloria han de dar.

(Del Capítulo XVIII de *Su Vida*)

LETRA

Fénix el alma se abrasa
del Sacramento al ardor,
para que muriendo a sí,
reviva a tan dulce sol.

Cante la gloria si muere,
pues en tan dulce dolor
descansa en paz, en quien es
centro ya del corazón.

Publique su muerte al mundo
el silencio de su voz,
para que viva en olvido
la memoria que murió.

Cerró los ojos el alma
a los rayos de este sol,
y ya vive a mejor luz
después que desfalleció.

Hacen clamor los sentidos,
sentidos de su dolor,
porque ellos pierden la vida
que ella muriendo ganó.

(De Afecto 8)

AFECTO 46

*DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR
EN EL CORAZÓN DE LA CRIATURA,
Y EN LAS AGONÍAS DEL HUERTO*

El habla delicada
del amante que estimo,
miel y leche destila
entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra
corta como rocío,
y con ella florece
el corazón marchito.

Tan suave se introduce
su delicado silbo,
que duda el corazón
si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade,
que cual fuego encendido
derrite como cera
los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
es su aliento divino,
que resucita muertos
y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
se percibe al oído,
que alegra de los huesos
aun lo más escondido.

* * *

Al monte de la mirra
he de hacer mi camino,
con tan ligeros pasos
que iguale al cervatillo.

Mas, ¡ay! Dios, que mi amado
al huerto ha descendido
y como árbol de mirra
suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,
apretado racimo
de las viñas de Engadi,
el amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
aunque ella es oro fino,
difusamente baja
de penas a un abismo.

El rigor de la noche
le da el color sombrío,
y gotas de su hielo
le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer, ¡ay, Cielo!,
temer a mi querido?
Que huye el aliento y queda
en un mortal deliquio.

Rojas las azucenas
de sus labios divinos,
mirra amarga destilan
en su color marchitos.

Huye, Aquilo, ven, Austro,
sopla en el huerto mío,
las eras de las flores
den su color escogido.

Sopla más favorable,
amado ventecillo,
den su olor las aromas,
las rosas y los lirios.

Mas, ¡ay!, que si sus luces
de fuego y llamas hizo,
hará dejar su aliento
el corazón herido.

AFECTO 195
VILLANCICO AL NACIMIENTO
DEL REDENTOR

Todo el aliño del campo
era un hermoso clavel,
sin que el rigor de la escarcha
pueda quitarle el arder.

¿Quién ha visto hermosa flor
tanto abrazar por querer,
lucir acá entre las sombras
todo el cielo en un clavel?

Cómo hay sol entre las sombras,
venid pastores a ver;
cómo el fuego ya está al yelo,
y el yelo abrasar se ve.

Cómo nace Niño amor,
siendo gigante en poder,
rendir tantos albedríos
al fuego de su querer.

Cómo nace por amar,
cómo muere por querer;
como que tiene en sus manos
como el morir el nacer.

*DESENGAÑOS, EXHORTO A PENITENCIA,
ACTO DE CONTRICIÓN*

A recoger sentidos,
ciega razón, a recoger que quiero
que divertidos
lloremos todos juntos, si primero
para mi precipicio,
cada cual de vosotros tuvo vicio.
¿Razón, dónde te fuiste?
¿No eres luz de mi vida y de mi acierto?
¿Cómo, pues, te perdiste?
¿Cómo negaste a mi salud el puerto?
Y en culpas sumergida
estuve ya para perder la vida.
¿Es buena tu locura?
¿Estamos buenos en tan triste calma?
¿Así el bien se asegura?
¿Así pretendes la salud del alma?
Mira que te despeñas;
despierta ya, si por dormida sueñas.
Basten ya tus engaños;
mira que lo pasado, aunque ha pasado,
te deja desengaños,
por que conozcas que de aquel estado
solo quedó presente
lo que debes llorar eternamente.

¿Qué gusto habrá que pueda
ser gusto en esta vida transitoria,
cuando el mundo en rueda
(si a lo vivido vuelves la memoria)
hallaras que mezclado
con mil zozobras te ofreció el pecado?
¿Qué dicha no acabó
en esa rueda sin que fuese dicha?
Pues apenas nació
cuando lloraste su fatal desdicha;
¿pero en qué me desvelo,
si son sus dichas de instantáneo vuelo?
¿Eso es lo que has vivido?
¿No estás confusa? ¿No te desengañas?
No seas lo que has sido,
advierte que a ti misma tú te engañas;
llora mejor tus daños,
pues vuelan días y se pasan años.
Es verdad que tu culpa
mereció por castigo pena eterna,
pero ya te disculpa
esa fragilidad que te gobierna;
enmiéndate y confía,
no desesperes cuando Dios te guía.

Pecho y manos abiertos,
aguarda a que le pidas tu remedio;
dale tus desaciertos,
confiando que ha de ser el mejor medio
el darle frutos tuyos
para que Él te reparta de los suyos.
Dile: pequé, Dios mío,
ciega viví, pues me aparté de Vos;
pero no desconfío,
pues para perdonarme sois mi Dios;
y si buscáis errados
intereses, os doy en mis pecados.
Por ser quien sois, me pesa,
yo propongo enmendarme y confesarme.
Y porque mi torpeza
otra vez no pretenda despeñarme,
elijo por sagrado
esa cruz, esos clavos y costado.
Con Vos me crucifico,
y pues sois libertad de los esclavos,
y yo a Vos me dedico,
recebidme, Señor, en vuestros clavos;
y en vuestra muerte viva,
si en ella me libré siendo cautiva.

POESÍA

De la salud la fuente,
coronada de juncos punzadores,
un corazón ardiente
buscaba triste y lleno de dolores,
y hablando con la cruz, que atento mira,
así gime, así llora, así suspira:

¡Señor, yo soy el ciervo
que tan sediento buscó esos raudales;
si te ofendí protervo,
ya busco arrepentido de mis males,
y no me he de apartar de tu presencia
sin favor, sin perdón, y sin clemencia!

En esa cruz clavado,
arco de paz te hicieron tus finezas,
y pues, enamorado,
así encender pretendes las tibiezas;
que se abrasen las mías, hoy te ruego,
con tu luz, con tu llama, con tu fuego.

El Dios de las venganzas,
un tiempo los profetas te llamaron;
mas ya mis esperanzas
desde que hombre te hiciste mejoraron,

pues Dios de amor, te mira en prisiones
sin arco, sin saetas, sin arpones.

Ya se acabó la guerra,
no más pecar, Señor, no más, te ofrezco;
vea el cielo y la tierra
que aunque el perdón que pido no merezco,
me la da tu bondad; y en tanta gloria
la corona, la palma, la victoria.

A mi Padre he enojado
por las culpas que ingrata he cometido;
la llaga del costado
me la puedes mostrar, amante herido,
que con su vista no has de ser, espero,
tremendo, riguroso, justiciero.

Y de la Madre Santa
mira los limpios pechos, mi sagrado;
¿qué daré en dicha tanta,
sabiendo ya por quién me ha perdonado?
Pues se acaban (poniendo allí los ojos)
las iras, los rigores, los enojos.

Por sustentarme echaste
el sello de tu amor en una oblea;
tu sangre derramaste,
queriendo que a mi sed bebida sea.
No permitas malogren mis furores
tus finezas, tus ansias, tus amores.

Yo cometí el pecado
cual oveja voraz, la más perdida,
y tuve olvidado
en los pastos del mundo divertida;
pero Tú, reducirme a Ti procuras,
con ruegos, con piedades, con dulzuras.

Pastor y pasto mío,
que me has buscado, sin ahorrir rigores
del invierno en el frío,
y del verano ardiente en los ardores:
no salga yo otra vez, para mi daño,
del redil, del aprisco, del rebaño.

ELOGIOS Y SÚPLICAS A MARÍA SANTÍSIMA

Cada día [día] a María
glorias y aplausos. ¡Oh, alma,
sus virtudes reverencia,
sus esplendores ensalza!

Contempla, admira y venera
su grandeza la más alta.
Dile: Madre más feliz,
dile: Virgen la más santa.

Hónrala por que te libre
de las culpas más pesadas;
llámala, que no te aniegue
de los vicios la borrasca.

Esta Señora nos trujo
dones de celeste Patria.
Esta Reina nos honró
con la más divina gracia.

¡Oh lengua, dile trofeos
de Madre y Virgen sagrada,
que al más infeliz su amparo,
a más feliz le traslada!

Sin cesar eternamente,
del mundo a la Reina alaba,
siempre su bondad publica,
siempre su grandeza aclama.

Sentidos míos: su gloria
resuene en vuestras entrañas,
y frecuentad la memoria
de la Reina soberana.

Nadie habrá de tan divina,
tan elocuente elegancia,
que a tan suprema excelencia
igualen sus alabanzas.

Todos alaben a Dios
por ver que a la Virgen hallan,
y nadie finja que altivo
a su elevación alcanza.

Pues aunque sé que a María
nadie dignamente alaba;
con todo, es vano y es loco
aquel que sus glorias calla.

A las luces de su vida
y celestial enseñanza,

todo sofisma se rinde,
toda herejía desmaya.

Sus costumbres como flores
adornan la Iglesia santa,
y le dan gracia admirable
sus hechos y sus palabras.

De Eva la inobediencia
dejó la puerta cerrada
del Paraíso; mas María
la dejó patente y franca.

Por Eva ha tenido el hombre
la sentencia más contraria,
y por María el camino
que nos conduce a la Patria.

Especialmente de todos
sea aplaudida y amada,
pues justamente debemos
rogarla y reverenciarla.

A ella suplico, pues ella
todo lo puede y alcanza,
para que aparte y aleje
cuantos daños me amenazan.

Ella enseña que obedezca
aquello que su Hijo manda,
para que al fin de la vida
a gozar de entrambos vaya.

¡Oh tú, que, entre las mujeres,
gloria, lustre, esplendor, fama
eres; y a quien contemplamos
lúcidamente elevada!

Oye, clemente, a quien miras
solicitarte alabanzas,
sus culpas borra, hazla digna
de la celestial morada.

Vara de Jesé, y del hombre
alivio, y firme esperanza
del mundo; y del cielo luz,
y de Dios sagrario y arca.

De la gracia plenitud;
de vida y costumbres, pauta,
templo de Dios, vivo ejemplo
de justicia sacrosanta.

¡Salve, oh tú, por quien las puertas
del cielo miramos francas,

a quien la infeliz serpiente
ni la dobla, ni la arrastra!

Gloriosa y hermosa hija,
y del rey David prosapia,
a quien escogió el gran Rey
que todo lo rige y manda.

Rica piedra, tierna rosa,
lirio de pureza casta,
que al coro de santidad
para la gloria acompaña.

Concédeme facultad
por que en hechos y en palabras
de tus grandes excelencias
cante dignas alabanzas.

Yo sumamente deseo
me des memoria y constancia
para que cante tus glorias
con frecuencia y eficacia.

Y aunque sé que lengua y voces
están mudas y manchadas,
tu gracia han de publicar
y nunca deben callarla.

Gózate, ¡oh Virgen!, pues eres
digna de toda alabanza,
por quien los perdidos logran
la ocasión de que se ganen.

Recién parida, y doncella
fecunda, y Virgen intacta,
Soberana Madre, como
fructífera y verde palma.

En quien buscamos recreo
con tus flores y fragancias,
y cuyo fruto nos libra
de tanto llanto y desgracia.

Hermosa toda y sin señas
de la más pequeña mancha,
haz que puros te alabemos
con diligencia y con ansia.

Por quien nuevo gozo el mundo
logra, ¡oh bienaventurada!
Y con cuya fe se mira
del cielo abierta la entrada.

Por quien el mundo se alegra
con luz verdadera y clara,

que de la tiniebla antigua
escurecido se hallaba.

Los poderosos son pobres,
como tú profetizabas;
y a los pobres tu clemencia
los deja con abundancia.

Por ti las malas costumbres
ya se dejan y se acaban,
y de perversas doctrinas
aun los vestigios se apartan.

Tú enseñaste los desprecios
del mundo y de sus borrascas;
buscar a Dios; penitencias
y contra el vicio constancia.

Por ti del entendimiento
el curso a Dios se arrebató,
y al celeste premio todos
nuestros movimientos mandas.

Tú, que al Señor en el claustro
llevaste de tus entrañas,
vuélvenos a dar la gloria
de nuestra primera gracia.

Madre fuiste limpia y pura
engendrando siempre intacta
al Rey de reyes, Criador
de cuanto el mundo en sí abraza.

Bendita eres tú que vences
de la muerte la falacia,
y das salud a quien de ella
se mira sin esperanza.

Bendito es el Rey invicto
de quien eres Madre Santa,
y a quien como a su Autor sirve
la naturaleza humana.

Amparo y consoladora
del alma desamparada,
apártanos de los males
venideros que amenazan.

Gózate, Virgen dichosa,
que del demonio y sus trazas
nos libra, porque vestiste
a Dios de tu carne casta.

Por mí, Madre, pide y ruega,
para que de quietud santa

goce, y escape dichosa
de las eternas borrascas.

Lo que te pido y suplico
es que disculpes mis faltas,
y que medicina seas
que cure todas mis llagas.

Para que casta y modesta,
dulce, blanda y con templanza,
caritativa y humilde
pueda ser de tu Hijo amada.

Gobernada y dirigida
de tan divina enseñanza,
feliz seré si me ocupo
en aprender lo que mandas.

Prudente en las direcciones,
cuidadosa en las palabras,
y en las obras, las de Dios
procure, huyendo las malas.

Contenta, mansa, apacible,
pía, amable y con tanta
sencillez, proceda yo,
que al cielo segura vaya.

Amparo y refugio seas
del pueblo que Dios ensalza,
dando la paz que destierra
la guerra que el siglo abraza.

Del mar saludable estrella,
¡salve!, oh digna alabanza,
que a multitud de los astros
y planetas aventajas.

Purísima y con mil dones
en tu concepción sagrada;
Madre y Virgen, al Criador
diste leche pura y blanca.

A mí, triste y afligida,
dame la eterna morada,
que en ti mi ruego y suspiro
sus consuelos afianza.

Encomiéndame a tu Hijo,
para que cuando yo salga
de este mar tempestuoso,
logre la eterna bonanza.

Hazme ahora blanda y humilde,
ahuyenta la lid que daña,

a la lascivia destierra,
introduciendo constancia.

No me fatigue ni afee
la codicia que, villana,
a tantos liga, aprisiona,
tiraniza y aun arrastra.

No me venza la ira fiera
ni la vanidad ufana,
que de nocivos afectos
es tan peligrosa causa.

¡Ea, Madre, pide y ruega
a Dios, mantenga en su gracia
el corazón de tus siervos
para no admitir cizaña!

Danos consuelo y alivio
a los que alegres te aman,
y celebran tus finezas
con el corazón y el alma.

Amén.

Jesús, María y José.

DEL AFECTO 63

No duerme el Señor, ni en su memoria cabe olvido; ni en su voluntad, tibieza; ni en su sabiduría, ignorancia. No tiene las manos atadas, ni sus criados son descuidados, pues los hizo espíritus diligentes como fuego abrasador.

DEL CAPÍTULO XV DE SU VIDA

No se me olvida ni deja de causarme ternura y consuelo lo que me pasó una noche de este tiempo. Vía en sueños a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, mas ninguna criatura humana podrá decir cómo era su hermosura y gracia en medio de traer una vestidura pobre y humilde, ni aquel mirar amoroso y suave, ni la hermosura y apacibilidad de sus ojos, con los cuales, puestos en mí, caminaba, todo lo que hace el claustro, sin quitar los ojos de su pobre esclava, vil y despreciable. Cualquiera creyera que con estas misericordias y ayudas, no había de quedarse mi corazón inconstante y ruin, mas ésta he sido siempre, y esto es lo que me hace temer y temblar de la dureza de mi corazón.

DEL CAPÍTULO XLIV DE *SU VIDA*

Tenía por este tiempo cosas que me fatigaban mucho porque temía en ellas culpa, hasta que un día me pareció que el alma vía o sentía a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, en medio de la celda donde vivo, y que, arrimando a su pecho mi cabeza, le recibía con amor. Quedé con esto fortalecida y mejorada de aquellas cosas que tanto me afligían.

DEL AFECTO 39

Habiendo recibido a Nuestro Señor Sacramentado, entendía como si dijera: Mira, si todo el mundo fuera oro purísimo, perlas y piedras preciosas de inestimable valor, y pudieras, con desearlo y suspirar por él, adquirirlo y traerlo a ti, no te pudieras transformar en él; mas en Mí que soy verdadera riqueza inefable, puede transformarte el amor. Y Yo, suma riqueza inefable, comunicadora de bienes, me entraré y uniré a ti, liberalísimamente. Yo soy suma bondad, y busco aun a los que quieren apartarse de Mí, ¿cómo dejaré frustrados los buenos deseos de los pobrecitos, de llegarse a su centro y a su Dios, no teniendo ni pretendiendo otra consolación de la vida que hacer mi voluntad? Si para borrar o torcer esta buena voluntad en el alma, se levantan los enemigos invisibles, las pasiones o las contradicciones, poderoso soy para librar-te. Considera mucho, y muy profundamente, los atributos de mi bondad y omnipotencia. ¿Es posible que, anegándose el alma en aquel mar de inmensas aguas, podrá perecer sedienta? ¿Es posible que, arrojándose con toda su intención en aquel fuego inmenso, podrá quedar helada?

¿El gusanito vil y miserable, que se esconde en su Dios, podrá perderse? ¿Aquella medicina, que se hizo de sangre y carne de Dios, no será suficiente a sanar cualquiera enfermedad o llaga? ¿Cuando te envié por los caminos de la tribulación, no saliste, no te saqué? ¿Cuándo dejé que perecieras? Si caíste, ¿no te levanté? ¿No te dejé mi cuerpo para tu remedio? ¿No te he dado a mis siervos para tu consuelo? ¿No te abrigo debajo de mis alas? ¿No enciendo tus deseos más y más por llegarte a Mí, sin dejarte consolar en ninguna cosa que de Mí te aparte? ¿No te sufro? ¿No te espero? ¿No te llamo con voces, con pasos, con golpes a tus puertas? ¿Cuando te envié pobre y peregrina, te faltó alguna cosa? Respira en aquellos aires suavísimos de mi inefable bondad, que quien por sola ella te dio lo que tienes, no te negará lo que te falta. ¡Oh, tibia y flaca de corazón!, ¿por qué no caminas por aquellos espaciosísimos campos de mis misericordias, que allí se inclinan, donde es mayor la miseria y necesidad?

El tiempo de la partida llegará, ahora trabaja en prevenirte para esta gran jornada, que por larga que sea la vida, para esta prevención será corta. Así como no puedes comprender mi hermosura y grandeza, mi amabilidad y omnipotencia, así no puedes comprender el premio que se dará al humilde que, con pura intención de agradarme, se sacrifica a mí cada hora, y cada instante, en el fuego de la tribulación.

¿Cuántos años ha que caminas por noches, por nieves, por yelos, por asombros y espantos, por despoblados y por soledades; y aunque cobarde y tímida, te descaminastes?, ¿no te llamé muchas veces, no te atajé, no te herí? No has muerto, pues todavía deseas y puedes confesar a Dios, y llegarte a Él. ¿Quién es tu bien y tu consuelo, sino el Señor Dios tuyo?

DEL CAPÍTULO XII DE SU VIDA

Mi amado para mí, yo para Él, mi secreto para mí en la soledad, y en lo escondido del corazón: mi amado a mí en los agujeros de la piedra, en las cavernas del cercado. Mira que dicen es símbolo de la imprudencia el pelícano, que anida en las eras más trilladas, y allí los labradores cercan el nido con heno o paja, y le prenden fuego. Él, viendo el riesgo de sus pollitos, baja a ponerse sobre ellos, viendo que el fuego se va acercando, bate las alas hasta apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que, comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas y allí muere cogido de los cazadores, él y sus hijuelos.

DEL CAPÍTULO XXV DE SU VIDA

Después que estuvo acá, estaba yo un día en mi retiro, considerando en el paso de los azotes que dieron a Nuestro Señor, y pareciéndome caía al desatarlo de la columna, sentía lo mismo que la vez pasada, aquella ansia y deseo de ayudarlo a levantar; pero ahora, al contrario de lo que me sucedió la otra vez, sentía, al llegar mi alma a Él, que se desaparecía su cuerpo, porque se hacía como espiritualizado, o yo no sé cómo me dé a entender: parece que se desaparecía de los ojos o conocimiento del alma y la hacía quedar con gran pena. Esto me parece fue prevenirme para el trabajo y trabajos que me vinieran.

DEL CAPÍTULO XXXV DE SU VIDA

Tenía por este tiempo grandes dolores en el cuerpo, y pesadumbres, y desprecios caseros; mas en ellos me daba Nuestro Señor luz del grande bien que traen consigo las humillaciones de las criaturas y el inestimable tesoro que con ellas se logran y pueden ganar. Parecíame un día andar en un campo tan rico y fértil, abundante y hermoso, que no es posible llegue a comprenderlo ninguna imaginación: vía que de un principio nacían varios arroyos de agua viva que regaban aquel campo, por donde me parecía andaba yo misma. Allí conocía cómo de una pequeñita semilla de humillación nacían hermosísimos árboles, flores y frutos, etc., y me parecía sentir mi alma, allá en lo más interior, estas voces: Conmigo, esposa mía, conmigo. Acordábame que aquellos días antes, estando enferma en la cama, me vía a mí misma muerta y cubierta con las vestiduras del Señor, y entendía que había de estar muerta para vivir y viva solo para padecer. Así lo deseaba, con unas ansias tan grandes que me quitaban las fuerzas y alientos del cuerpo, y me parecía que mi padre san Francisco me sustentaba en aquel desmayo, y dábame tanto deseo de ser despreciada, que si por mí sola fuera, me hubiera fingido loca.

AFECTO 3

EN ESTA VIDA SE HA DE PADECER

Acompañando la consideración a la fe, en todo halla el alma refugio, y sin ella no alumbrá multiplicar palabras; por eso, alma mía, está a la puerta clamando, y si no puedes clamar, está a la puerta, que ya sanó Jesús, amor divino, al mudo, sordo y ciego, al paralítico y al endemoniado, al que nunca vido y al que vido en un tiempo.

Post tenebras spero lucem. Cuanto más penosa te fuere la noche, más dulce y amable gozarás el día; más larga parece la noche al que más desea que se pase. Sufre pues los tormentos, arrójate al padecer, ten por lecho las penas, tierra y podre eres; culpas cometiste por lo cual mereciste el infierno; aunque el Señor te mate, espera en Él; pero esta esperanza sea reposada en tu seno, y reposa con ella.

Muchos bienes y grandes he perdido por no sufrir y padecer. El padecer es limitado, y perdida la ocasión que Dios me da, justamente me negará las otras, y mayor gracia para llevarlas.

En el cielo no se podrá padecer; ni en esta vida
quieras, alma mía, gozar; atiende, mira, no
trueques las manos; advierte a la eterna peniten-
cia que hacen casi infinitos por un corto gozar;
trocaron las manos, cayeron a la siniestra, y allí
estarán para siempre.

DEL AFECTO 7

Representándose a los ojos de mi alma la fe como un campo de incomprensible grandeza y hermosura, de cuyas flores, frutos, pastos, aguas purísimas, aires suaves que dan vida, me parecía ser participados los sentimientos, luz y afectos que digo. Conocía estar Nuestro Señor allí como pastor apacentando a las almas, ya en el valle de la humildad, ya en lo alto de la contemplación, ya a la sombra del que deseaban, ya al sol del mediodía, ya llamándolas con su dulce silbo, ya ocultándose a su vista, ya mostrándose afable y amoroso. Después de las tinieblas esperan la luz, mas en la luz no dejan de aguardar la sombra, porque solo en el cielo será perpetua la luz. Conocí estar tan cercado este campo, que el demonio lo que podía era dar vueltas buscando a quien tragar, acechando, llamando, y levantando polvaredas para hacer presa en la ovejita que dejando a su dueño saliere de su casa. Conocí que cada alma es juntamente oveja y pastor de sus afectos, que dejando de velar sobre ellos saldrían de Dios, y llevarían al alma a la boca del león. Acordéme de lo que dijo Nuestro Señor: si me amas, apacienta mis ovejas.

AFECTO 14

EL CUERPO CON SUS SENTIDOS Y PASIONES SE HA DE TRABAJAR COMO EL CAMPO. APLICA LA PARÁBOLA DE LA MUJER FUERTE A LA MORTIFICACIÓN EXTERIOR.

Pues como yo quisiese poner por obra, con mucho consuelo, la licencia que V.P. me dio de los cilicios, entendí esto: el cuerpo es aquel campo que consideró la mujer fuerte y prudente, y lo apreció y compró para plantar en él una viña, de la labor de sus manos. Esta tierra del cuerpo es campo que se le da al alma, para que ella lo trate como esclavo comprado, sirviéndose de él como señora, y como quien labra su tierra para coger frutos de vida eterna, arrancando con valor, con el trabajo de sus manos, y con la fortaleza de sus brazos, sus abrojos, espinas y malas yerbas que siempre produce; no dejándolo como a la tierra viciosa que se cargue de cardos y espinas, ni como aquella viña que se pobló de ortigas. Considere sus caminos, y no permita a sus sentidos que estén baldíos, ni que lleven malas yerbas; pues pueden dar frutos dignos de penitencia. Mire

que esta heredad se le da por tiempo limitado en que pueda merecer; ablándela con el cilicio, disciplina, y aspereza; no le permita descanso vicioso, porque siempre produce malas yerbas. Considere su campo, mire qué fruto dan sus ojos, su lengua y sus manos, etc.; por dónde van sus pies, y no permita que crezca yerba inútil. Siembre cuanto pudiere de lágrimas y penitencia, para que lleve abundantes cosechas para la vida eterna, de gozos perdurables. Reciba los tiempos que le envía el Padre celestial, de frío, calor y lluvias, de dolor y quebranto, con gozo, por ver que así labra su heredad, y que todas las cosas contrarias le pueden ser amigas y favorables al llegar la cosecha. Abrace más, y no perdone aquella penitencia, que es andar puntual en cualquiera observancia, sin que para esto le excusen dolores, ni los muestre mucho; no quiera vivir según la carne, porque no muera su fruto y su cosecha; mas mortifíquela con la fuerza del espíritu, para que reflorezca y viva; y el cuerpo, vestido de la mortificación de Cristo, sea participante de su claridad, y sea reformado el cuerpo de nuestra humillación; y cuando el Señor visite esta heredad suya, embriagándola de penas y dolores, goce y exulte, porque esta es la lluvia voluntaria con que segrega y aparta el

Señor su heredad, y la preserva de la corrupción del vicio y de la culpa; y cuando la enferma, la perficiona. Pues así, reciba las lluvias del cielo, como la tierra sedienta y agradecida; y cuando le falte el dolor y penitencia, la mortificación y incomodidad, quégese a su Padre celestial, diciendo: ¡Oh Padre mío!, la parte de tierra que me diste, no tiene regadío, superior ni inferior. Mas considere el campo, y advierta que tal vez conviene que descansen la tierra para que vuelva a su labor con más sustancia; mas esto sea muy considerado, porque es fácil volverse como la viña del perezoso; y aun cuando descansen del rigor exterior, ocúpese en recoger motivos para su dolor, arrime a su viña el estiércol de su propio conocimiento, de su barro y su nada, de las infinitas miserias que abriga su tierra, para gemir con el peso de ella. Así pues, cuando amanece la luz, sale el hombre a sus trabajos y labores con alegría, diciendo: “este es el día que ha hecho el Señor, gocémonos y alegrémonos en él”; y así, cumpliendo sus operaciones hasta las vísperas, se recoge a morar en su llanto, porque se ve desterrado de aquella región de paz, donde nunca anochece; de aquella luz y lámpara del cordero, que alumbra la ciudad santa, donde no se necesita de este sol que cada día se ausenta; y

echado del Paraíso por su desobediencia, ve que le da la tierra espinas y abrojos, y que come su pan con el sudor de su rostro. Así, pues, pase en las vísperas en la penitencia y dolor interior, levantándose en su oscuridad a confesar al Señor, y a prevenir sus domésticos, para que a los mañanitas vuelvan con alegría a proseguir su labor, hasta que se acabe el tiempo de su mayordomía, y dé cuenta de ella a su Señor y dueño; donde, si fuere fiel, se le dirá: “y decid al justo, que bien; que él comerá del fruto de sus trabajos”.

DEL AFECTO 15

Pues como a la noche me recogiera a dar algún descanso al cuerpo, por hallarme con grande fatiga y dolores, sin perder ni dejar el alma de anhelar por su Dios; luego sentía su presencia como cuando andaba en el mundo, con tal benignidad, majestad y amor, cual no se puede decir. Sentía el alma sus palabras tan suaves, dulces y amorosas como de un amantísimo esposo, y como con su presencia la hacía arder, ella se deshacía diciéndole mil ternuras, sin acordarse entonces de temores. Entre otras cosas le pareció que le oía decir: cómeme, yo soy sustento, y que se entraba en su alma y corazón, y le decía: ¿cómo no ha de arder tu corazón, si está unido al mío que es todo fuego?, etc. Infundía una pureza y deseos de ella en el alma, que me acordaba de la bendita santa Inés cuando decía: “llegando a Él seré más pura, y tocándole seré más casta”, etc. Entendí, que cuando se da algún descanso racional y necesario al cuerpo para que prosiga su camino, como el caminante da a su jumentico algún alivio, la benignidad de este Señor lo recibe por suyo, como si se le diera a su cuerpo cansado y trabajado; tanta es su dulzura y mansedumbre, tanto

su amor y misericordia, tan dulce y amigable su trato y conversación, que aunque no tuviera cielo, cualesquiera trabajos quedaban acá bien premiados con sola su presencia; y así es, que en teniéndolo presente el alma, no se acuerda de cielo, ni de gloria, ni de muerte, ni de vida.

DEL CAPÍTULO XXXII DE SU VIDA

Andaba mi alma como una ligera pluma, que es llevada del viento suave; así me parecía que yo no tenía parte en mí, para nada, sino que andaba como sin alma, que mi alma se había entrado en su Dios, y que era gobernada por otro impulso, suave, dulce, amoroso y eficaz. Todo lo que vía y oía, era Dios, era sumo bien; y era un bien sobre todo sentido y conocimiento. No me estorbaba nada exterior; antes todo era como soplos que hacían arder aquella llama, y más ardía, con todo lo que era desprecio y humillación mía.

AFECTO 4

AFECTOS A JESÚS SACRAMENTADO, DEDUCIDOS DE VARIOS SALMOS DE DAVID

¡Oh, Señor mío Sacramentado! Cuando el alma te halla, ¿qué puede desear sino tenerte y no dejarte? No te busque en lo estrecho de la tierra, no en las plazas del cielo, no en los espíritus veladores de la ciudad santa, pues solo es de Ti participada su hermosura. ¿Qué busca en el cielo el alma que tiene fe de que estás en el Sacramento? Pida todo lo que quisiere, que en Ti lo recibirá; busque todo lo que quisiere, que en Ti lo hallará; llame, pues eres casa de la sabiduría, puerta para entrar al Padre, llave que solo abres lo que otro ninguno. ¡Cuán amables son tus moradas, Señor de las virtudes! Mi alma las codicia, pero aun en sus atrios descaece: Tú les darás la mano, y con tu voluntad la llevarás, y la recibirás con gloria.

Conocí ser nuestro Señor la escala que teniendo su principio en los resplandores del pecho de su Padre, el espíritu de su amor y comunicación hizo bajar a la tierra y humanarse. Bajó cubriendo su gloria con la naturaleza humana, no con las pasiones brutales de ella, sí como ángel del gran consejo, para que los hombres dormidos en la sombra de la muerte recibieran la salud, teniendo hombre que los enseñara a subir como ángeles.

¡Oh casa de la sabiduría, cuán hermosos son tus pasos! ¡Oh humanidad santísima! ¡Oh verdad eterna, camino y vida, cuán suave es tu voz a los oídos de tu Padre! ¡Cuán hermoso tu rostro, aunque entre sombras! Arca de refugio en quien están todas las cosas con un modo dulce, nuevo y escondido; casa de tu Padre en quien hay muchas mansiones; no desprecias al pobrecito, no confundes ni te confundes con el ignorante. En Ti hallan guarida las aves del cielo, los animales de la tierra; no das una misma morada a las águilas reales y a las avecicas pequeñas, ni deja de hallar en Ti la tórtola su nido, el pájaro su casa. El león fuerte y el cordero simple, hallan en Ti morada igual aunque distinta. El ciervo ligero, el jumento paciente hallan en Ti lugar sin confundirse. La paloma ligera, el erizo afligido; al uno eres reposo, al otro eres refugio; a este le das descanso en el refugio, al otro das defensa en el descanso. Padre nuestro, en Ti todos se alegran. *Lætanbutur in cubilibus suis*. Pero, ¡oh Dios, cuantos fueron los perdidos, no entraron en Ti, no te buscaron, por esto hallaron tribulación y dolor; no buscaron la vida, y los halló la muerte, la tribulación y angustia! Tengan pues, los que te hallaron, *exaltationes Dei in guture eorum*, como sustento para ellos

cerca de la boca para llamar a los otros, no en la boca sola y sin tiempo, ni solo en el corazón con avaricia o pereza; en la garganta, como quien dice lo que come y come lo que dice. Inclina mi corazón a tus testimonios, no a la avaricia solo de saber, ni de mostrar que sé. En esto he tenido muchos conocimientos, que no apunto, por parecerme no son para mí; en especial en el que dije de aquellos árboles dorados, me parecía ser los sermones, cuando no se atrae el espíritu, abriéndose para eso solo los labios, se sube con trabajo, y su fin es el aire.

Alma, en el mar de este mundo, en el diluvio de la vida humana, solo hallarás seguridad en esta arca, solo podrás pasar en esta nave que trajo el pan del cielo. Si vas con tu Dios, no temas; si llevas a tu amor, no te entristezcas. Él dominará el mar. Si durmiere, dale voces, que sosiegue la tempestad. Su corazón vela cuando Él duerme. Tu Jesús es guarda de Israel. Si caminares en medio de la tribulación, Él te vivificará. Sobre la ira de tus enemigos extenderá su mano, su diestra te hará salva. No temas la horrible fiereza del dragón de este mar, que Él lo formó *ad illudendum ei*. ¡Oh, mi Jesús querido, ponme junto a Ti, y la mano de cualquiera pelee contra mí!

AFECTO 6

IMAGEN ALEGÓRICA DE LA MORTIFICACIÓN Y AFECTOS AL SACRAMENTO

Esto conocí con la semejanza de una persona que con hábito de religión caminaba por el mar sobre una cruz hecha de dos espadas. Entonces pensé iría solo en la obediencia segura; y ahora conozco significarse en las espadas las dos pasiones y principio de todas, que creo llaman irascible y concupiscible, hechas cruz para la mortificación; navega el alma en la cruz, que abrazándolas fueran muerte y perdición. ¡Oh, Jesús mío! ¡Quién podrá librar en tantos riesgos? Tú solo, que reposas en la cruz como en navecica pequeña; no hay riesgo donde Tú estás, gloria del cielo; pequeña es la fe del que duda podrás librar de la tempestad, dar bonanza y llevar al puerto.

Si el alma camina en fe, la harás semejante a Ti, la harás que te imite; sobre la firme piedra edificaste tu casa, la Iglesia; sobre la firme fe que te confiesa Cristo, Hijo de Dios vivo, Dios y hombre. Esta es la casa en que el alma se resiste, fuerte en la fe, a sus enemigos; esta es la torre con muchos escudos y segura defensa.

¿Qué me pueden decir todas las criaturas?
¿Qué revelación hay para el alma, tan tierna y regalada, como creer, mi Dios, que Tú estás en el Sacramento? ¿Qué cosa más cierta y dulce que creer que entras en mi pecho, que te haces una cosa con el que te recibe? En sabiendo esto, callen todos mis deseos, y solo desee disponerme para recebirte. Si el alma desde lo alto del mundo viere todas las riquezas, segura las despreciará cuando diga: a mi Dios y Señor adoraré, a Él solo serviré; a mi Dios que se da en sustento para que viva el hombre con la palabra que procede de Dios.

Sin ninguna consideración, solo con ver a Nuestro Señor Sacramentado, se halla el alma tan llena de gozo, de satisfacción y consuelo, como los polluelos debajo de las alas de su madre; o más propio, como los gusanos, a quienes después del agua y frío, baña piadoso el Sol.

Todo mi consuelo es haber ofrecido una vida sola que tengo, alma y cuerpo, por esclava de Nuestro Señor Sacramentado; este fue mi intento el día que profesé. Mi consuelo en la clausura es decirle: no las cadenas de fierro, Señor mío, sí las de Cristo. En la obediencia pienso que es

su voz la que oigo, y con esto se alienta mi tibieza y flojedad. Algunas veces esta consideración trae estos efectos: deseo de obedecer, no solo a los superiores e iguales, sino a los inferiores; y si pudiera, hasta a las criaturas irracionales, no solo en lo que mandan, sino en lo que se juzga que quieren; y esto da deseo de hacerlo lo mejor que se pueda, y se hace con gusto, con facilidad y suavidad.

Me parece, según lo que debo a mi Señor y el conocimiento que da, si fuera un serafín con la hermosura y pureza de todos juntos, y hubiera de estar hasta el fin del mundo clavada en una cruz por su amor, y por darle gusto, no haría nada. Mire ¿qué hará quien en todo es tan despreciable, y ve que no hace nada, ni puede, ni tiene, ni es? Apenas he experimentado deseo, consuelo, conocimiento o luz, que no proceda de Nuestro Señor Sacramentado, o refiriéndose a Su Majestad, o teniendo allí su principio, o rezando en su presencia el oficio divino, o comulgando, o viéndolo descubierto.

DEL AFECTO 157

¡Oh, si vieras aquel amenísimo güerto y paraíso del Espíritu Santo! ¡Oh, si gustaras aquella clara, hermosa y vivífica fuente que alegra la ciudad de Dios y el reino de los cielos: aquella pura, dulce y cristalina fuente de aguas vivas! ¡Cuán dulce, cuán hermosa, cuán limpia! ¡Oh, si vieras cuáles flores tiene este paraíso, cuya hermosura, gracia y suavidad no vieron los ojos de la carne! ¡Oh, si percibieras sus fragancias, cómo correrías al olor de ella! ¡Oh, si gustases sus frutos, cómo no gustarías más de las cosas terrenas! Dime, ¿no compraras con las cosas bajas las muy altas? ¿No quisieras pasar de esta sombra de muerte a la región de luz y tierra de los vivos? ¿No querrás salir del cautiverio y de buscar paja de las cosas humanas, a la libertad de los hijos de Dios? ¿No dejarás de trabajar en cocer ladrillos y adobes para los edificios de los que cruelmente quieren dominarte, y saldrás a sacrificar a tu Dios en el desierto, caminando a la tierra prometida? ¡Oh, alma, cuán espaciosa y grande es la casa del Señor, y el lugar de su posición! No quieras ser como el topo, siempre en la tierra cavando, sepultado en ella. Levanta el vuelo, como águila generosa, a mirar a tu sol, en cuya luz examines tus tiernos polluelos.

AFECTO 40

*AFECTOS A LA PASIÓN DE CRISTO,
Y DESEOS DE PARTICIPAR EN ELLA.
SI SE ESTIMARA LA IMPRESIÓN DE LAS
LLAGAS, ¿POR QUÉ NO LAS ANGUSTIAS?*

El día de la santa Cruz, leyendo cómo Nuestro Señor ofreció su santísimo cuerpo y sangre, para entrar en su pasión, se deshacía mi alma en vivos deseos de que mi cuerpo y alma, si se puede decir, se consumiese y aniquilase en padecer y amar a Su Divina Majestad.

El día de las llagas de mi padre san Francisco, leyendo las angustias y tristezas del alma santísima de Nuestro Señor en el güerto, conocía estas cosas, como si dijera: ¿por qué aquel favor de comunicar mis llagas solo has de admirar; y siendo parte tan principal de mi pasión, las angustias y dolores interiores que yo padecí, no se reciben con resignación, consuelo y hacimiento de gracias? Como el que decía: “yo llevo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús”: se gozaba de padecer por el nombre de Jesús, contumelias, angustias, dolores, destierros (hasta llegar a

tener tedio al vivir), porque se miraba como coheredero con Cristo; y así decía: *si tamen compatimur, ut et conglorificemur*, teniendo por señal de la pasión de Cristo cualquiera cosa de las que el Señor padeció en su santísimo cuerpo y en su benditísima alma, se gloriaba en la cruz y en la tribulación.

AFECTO 41

AVENIDAS DE AMOR DIVINO, QUE ARREBATAN EL ALMA

Muchas veces me han consolado, y llenado mi alma de inefable gozo, unas palabras, que no entiendo bien, y son estas: *Nec coneris contra ictum fluvii*, pareciéndome en la oración, que se le decían a mi alma con infinito amor, y salían de un mar inmenso, que venía sobre ella del divino amor; como si dijera: ¡Oh alma mía, no resistas la fuerza de mi amor, etc. Vía que eran ningunas mis fuerzas, y conocía la malicia de la propia voluntad; vía a mí misma en medio de aquellas inmensas avenidas del poderoso mar, y deseaba ser anegada en ellas, sin vivir ya en mí, toda fiada en aquel mar de bondad, en que conocía el atributo de su omnipotencia ser uno con su infinita sabiduría y amor, y lo nada que es la criatura para no dejarse regir, llevar, y arrebatarse de estas infinitas fuerzas. ¡Oh, qué quieto y contentísimo queda allí el gusanito, anegado en aquel mar amabilísimo! Nada quiere, nada desea fuera de esto. Nada teme, parece que entra en los términos de la paz y del descanso.

Otro día en la oración, representándole a Nuestro Señor las infinitas miserias de mi alma, y representándome a sus divinos ojos llena de manchas y lepras, de culpas y vicios, pobre y miserable, me consoló y confortaron las mismas palabras: *Nec coneris contra ictum fluvii*, representándoseme unas avenidas de aguas purísimas, que lavarían mi alma, la purificarían, y harían capaz de su Dios, o de llegarse a Él, como si dijera: No resistas, ni huyas de aquel mar amoroso, que puede, sabe y quiere purificarte, limpiarte y llegarte a él. No dudes que así lo hará; llégate a él, sin que te retraiga el temor de tus manchas y culpas, ni cualquiera miseria que temas o conozcas.

Hállase con esto, mi alma fiada en Nuestro Señor, quieta y segura, con deseos de anegarse más y más en su Dios, y no hallarse a sí misma.

DEL AFECTO 115

Tu corazón es mi corazón; y unido a él, gusta y siente sus amarguras. ¡Oh corazón dulcísimo! ¡Oh corazón pacientísimo! ¡Oh corazón abrasado en el amor de Dios y de las almas! ¡Oh humanidad santísima: a las puertas de tu piedad está mi alma, llamando, llorando y pulsando a la media noche de sus penas, ignorancias y frialdades! ¡Oh, amigo, amigo, amigo solo verdadero, fiel y poderoso amigo: dadme aquellos tres panes! ¡Oh Jesús, humano para mi consuelo! ¡Oh Jesús, divino para mi remedio, criado a los pechos de mi dulce Madre! Dadme, ¡oh Señor mío!, tres panes: abrasa mi frialdad con tu fuego de amor; alumbra mis tinieblas con tu caridad; conforta mi flaqueza con tu fortaleza. Mi corazón sediento y hambriento de tu corazón, te pide su sustento y su bebida. ¡Oh fuente de la vida! ¡Oh limpio corazón, sin ti no respira mi triste corazón, porque tú eres su vida, y tu corazón es aliento del mío!

[...] Tu santísimo corazón, Jesús mío, siempre tuvo presente su dolor todo el día de su vida santísima. Desde la mañana de su concepción tuvo presentes los azotes, castigo de esclavos,

de afrenta y de dolor; y así dice el salmo: fui azotado todo el día, y mi castigo en la mañana; todo el día me estropeaban mis enemigos; todo el día estaba y andaba contristado. Mi corazón se conturbaba entre mí; hecho estaba mi corazón como cera que se derrite en medio de mis entrañas, o en medio de mi vientre, que es la memoria de mis tormentos.

AFECTO 122

DELIQUIOS Y ANSIAS POR LLEGAR A DIOS, HABLA INTERIOR QUE ILUMINA Y TRANQUILIZA EL ESPÍRITU.

Padre mío y todo mi consuelo en este destierro: Estando hoy en la oración con aquellas congojas y ansias que le dije ayer; y de ver que no me sé explicar con vuestra reverencia ni atinar con lo que padece mi corazón, haciéndose él pedazos entre el pecho, y padeciendo mi alma unas ansias grandes, entendí o me parece oía en lo más interior de mi alma estas palabras: ¡Oh!, ¿qué buscas miserable criatura? A que me parece respondía mi corazón y mi alma: a ti, Señor Dios mío y bien mío; a ti, centro de mis bienes; a ti, libertador de mi alma en sus males; a ti, sumo bien y único bien; a ti, Dios y Señor mío, sin quien todo para mí es muerte, dolor y tormento; a ti, centro de mi corazón y mi alma, etc. ¡Oh, cuánto se alarga mi destierro, pues el llegar y hallarte y tenerte, ha de ser cuando se acabe la vida temporal, tan llena de riesgos de perderte! No es posible, me parece, explicar los efectos que estas palabras causaron en mi alma.

Un sosiego de mi temor de parecerme que no busca mi corazón puramente a su Dios. Un concepto grande de su infinita bondad, y que es centro de todos los bienes, y que es solo bien, que sin ningún discurso se halla llena la voluntad de aquel bien y el ansia de abrazarlo. Un conocimiento grande de mi nada y vileza, sin aflicción ni congoja, antes con consuelo y gusto, de manera que parece no está ya en manos, ni podrá el corazón hacer otra cosa que anhelar, desear y buscar este bien. ¡Oh, amor, cuán dulce y poderosamente arrebatas! ¡Oh, poderoso fuego, cuán fuerte y poderosamente enamoras, y llevas tras ti toda el alma, y llegas a lo más íntimo de ella! ¡Y se ha de hallar ausente de ti, y ha de habitar con los moradores de las tinieblas, que son sus pasiones? Sí, que te ha de buscar por las calles estrechas de las tribulaciones, y ha de ser herida, castigada y despojada, sin que por eso deje de buscar al amado de su alma.

AFECTO 193
*COLOQUIO DE UN ALMA
CON NUESTRO SEÑOR, ETC.*

Coloquio de una alma con Nuestro Señor, estando dormida, y, a su parecer, en el sueño unida íntimamente con su divina Majestad por amor:

Mi esposa es para mí como un instrumento de flautas muy delgadas, que suavemente suenan a mis oídos.

Tú eres para mí, amantísimo Dios, como la consonancia y armonía de todos los instrumentos músicos bien templados y acordes: como una sonora trompeta que despierta al dormido y resucita al muerto en culpas y tibiezas; como un dulcísimo clarín que aviva y excita a la pelea y promete la victoria y el triunfo; como una cítara suavemente tocada, que sosiega y da reposo y dulce paz a los sentidos y potencias del alma y cuerpo.

Mi esposa es para mí como una paloma gemidora, que solo halla descanso en mi pecho.

Tú eres para mí, amantísimo Señor, como un corazón que se abraza en medio de las entrañas de mi alma, difundiéndose y penetrándose por todas sus potencias y facultades, dándole vida, vigor y aliento, calor y alegría; como una fortísima torre y castillo de fortaleza, de donde penden mil escudos de defensa y amparo contra mis enemigos.

Mi esposa es para mí como un arroyuelo en la soledad para el caminante fatigado.

Tú eres para mí, Dios mío, como un inmenso mar-océano de gracias, de dichas, de dones y tesoros, donde, entrando las aguas, vuelven a su centro y hallan su descanso. Y engolfándose el alma, se aleja de la tierra del dolor y fatigas.

Mi esposa es para mí como un árbol de sazonados frutos.

Tú eres, Dios mío, para mí como un árbol cuyas ramas se extienden a abrazar toda el alma, y en cuya sombra halla vida, quietud y descanso,

y duerme, y gusta, y vive dulcemente segura; como un sabrosísimo maná que encierra en sí todos los sabores dulces a su paladar y garganta, llenos y cumplidos de suavísimos gustos.

Mi esposa es para mí como un ramillete de varias flores.

Tú eres para mí, amantísimo Dios, como un güerto florido y lleno de todas las fragancias y hermosuras que recrean y confortan, y dan olor de vida.

Mi esposa es para mí como un anillo, para traerle en mi mano y en mi dedo.

Tú, Señor mío, eres para mí como un riquísimo tesoro donde están las piedras más preciosas, las margaritas de más valor, el topacio, el rubí y esmeralda, el diamante, el jacinto y la amatista; y el valor de los inefables tesoros incomprensibles.

Mas estando desembarazada del sueño y de aquellos afectos ardientes que después le quedaron, conocía y sentía y sabía cierto estas coas: ¡Qué soy yo, Dios mío, sino como el sonido

de los animales inmundos, como el gruñir de sus gemidos con mis vicios y pasiones, como el cenegal y lodo en que se revuelcan, de donde siempre sale malo y pestilencial olor, desapacible a la vista, asqueroso al gusto y al olfato? ¿Qué soy sino una sabandija ponzoñosa, que dondequiera derramo mi veneno, indigna de la luz de la vida y de la compañía de las otras criaturas? Solo, ¡oh Dios mío!, te pido un mar de lágrimas nacidas del íntimo dolor de mis culpas, para que así pueda llegar a tu gracia y no ser arrojada de tu divina presencia.

DEL CAPÍTULO LV DE SU VIDA

Deseo, con todo mi corazón, gastar lo que resta de vida en conocer a Dios y conocerme a mí. Y como claramente me ha dado Nuestro Señor casi a experimentar el abismo de males que yo soy; y a conocer cómo todos los bienes útiles, deleitables y honestos están en Su Majestad, y que pueden de repente enriquecer al pobre; deseo estar a sus puertas continuamente, sin apartarme de ellas, poniendo a los ojos de su misericordia, y al abismo de sus piedades, el abismo de mi miseria, para que sin cesar lo invoque y llame.

FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA. (Tunja, 1671-1742). Hija de una ilustre familia del Nuevo Reino de Granada, Francisca Josefa de Castillo profesó como monja de velo negro en el Convento de Santa Clara la Real de Tunja, donde ejerció tres veces como abadesa y desarrolló una actividad escritural que da cuenta de su vida en clausura y de su recorrido espiritual, constituyendo una de las expresiones de escritura conventual más importantes del territorio neogranadino.

La lectura atenta de sus textos revela que los referentes de las monjas no eran solo libros espirituales, si bien estos son los que ellas reconocen de modo explícito, dado el control ejercido por la Iglesia sobre la cultura impresa que buscaba vigilar y garantizar la ortodoxia cristiana. Así, en la densidad textual de sus escritos se encuentran huellas de una fascinante historia cultural de los dominios coloniales del imperio hispánico que está aún por ser contada.

Sor Josefa es autora de *Su vida*, *Afectos espirituales* y de una breve producción poética de tema religioso que sigue las formas de la lírica popular.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufragio*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos

91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanas. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega

136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo*. Antología, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Alvaro Miranda
141. *El mundo por dentro*. Antología, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino*. Antología, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido*. Antología, Yenny León
144. *¡Imaginate...!* Antología, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra*. Antología, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños*. Antología
151. *La casa*. Antología, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra*. Antología, Darío Samper
153. *El beso*. Antología, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego*. Antología personal, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío*. Antología poética, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno*. Antología personal, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua*. Antología, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona!* Antología poética, Andrés Bello
163. *Delirios del amor divino*. Antología, Sor Josefa de Castillo y Guevara



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en noviembre de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem